



—Estoy tan contenta de actuar —dice la gallina.



El perro asiente:

—¡Pues yo estoy que no quepo en mí de alegría! Ya de espectador me pongo siempre muy nervioso. Y ahora soy yo el que va a estar en el escenario representando nuestra obra. ¿Crees que le gustará al público?



Aparece el perro husmeando, con las orejas atentas, y se sienta ante el arbusto.

—¿No era eso una voz? Desearía tanto que fuera un amigo... Me siento tan solo. Huí de casa pensando que me echarían de menos. Pero nadie me busca.

Se oyen unos crujidos y el arbusto dice:

—Soy un arbusto de los deseos. ¡Dime qué deseas!

El perro lo tiene claro:

—Deseo tener un amigo. Alto y fuerte. Y listo. Que siempre me comprenda. Que me ayude y me cuente historias. Y con un nombre precioso. Podría llamarse Marulante. O Taluroso. Y que siempre sepa...

—¡¡¡TACHÁÁÁÁN!!! —suelta el arbusto entre revoloteos y chasquidos. Y del arbusto sale...

... ¡la gallina!

El perro contiene la respiración. ¿Habrá notado la gallina su decepción?

Y entonces dice:

—Vaya. Una gallina. ¿Te llamas Marulante? ¿O Taluroso? ¿No? Vaya.

¡Pues al menos me podrías ayudar a buscar a mi amigo!



La gallina se frota las alas con el pico:

—De acuerdo. ¡Pero tú y tu amigo me tendréis que ayudar luego a encontrar los tres cofres del tesoro!

¿Qué aspecto tiene tu amigo?

—Es alto, y fuerte, y listo, y me cuenta historias.

¡Te lo voy a dibujar!

